

hacer injuriosas aplicaciones al sacerdocio cristiano, y la impiedad entona entusiastas aplausos: insulto público y solemne y nacional, por decirlo así, que recae en Jesucristo mismo, el fundador del sacerdocio, y que me hace temer que el brazo de Dios vengador esté todavía levantado sobre mi patria. La religión es lo primero de todo, tanto para la sociedad como para el hombre, porque Dios es el primero de los seres.»

En estas *Conferencias* se descubren las preocupaciones intelectuales de aquel tiempo, las dolencias morales que lo asedian y los peligros que lo amenazan.

Maccarthy.

Para conocer la elocuencia de este insigne jesuita, cuyo nombre es muy celebrado, bastará que trascribamos algunos trozos de sus trabajos oratorios.

Ved aquí la pintura de las desgracias del incrédulo:

«Para el hombre religioso, dice, todo está vivo y animado en el universo, todo le comprende y le habla, todo se halla dotado de inteligencia y sentimiento. Los cielos le muestran el poder del Dios que adora, las noches y los días sucediéndose le anuncian su sabiduría y su grandeza; cada estación viene á poner ante su vista sus bondades... Pero ¿qué estoy hablando? El mismo, Dios invisible, se presenta bajo mil formas diferentes á mi vista y á mis sentidos en los objetos que me rodean; en esa luz que brilla ante mis ojos, en los rayos del astro que me alumbra, en su amor que me alegra, en la serenidad de un hermoso día, en el perfume de las flores que embalsaman los aires y en esa abundancia que cubre la tierra, en esas mieses y esos frutos, que al parecer presenta su mano

convidándome á recogerlos. ¿Quién sino *El* enseña al insecto á preparar esa miel tan dulce, dá á los rebaños esos ricos vellones para vestirme y esa abundante leche para alimentarme, somete á mis leyes esa innumerable muchedumbre de animales dóciles á mi voluntad, y dotados de instintos tan diversos para prestarme utilísimos servicios? De tal manera todo habla á mi corazón en la naturaleza, todo me muestra la acción bienhechora de un ser poderoso y bueno que se digna ocuparse de mis necesidades y hasta interesarse en mis placeres. Arrebatado de amor y de reconocimiento esclamo: ¡Oh Dios mío! ¡cuántas hermosuras y perfecciones en vuestras obras, cuántos desvelos y atenciones con el hombre! ¿Qué le reservais para la patria celestial, cuando en su destierro lo colmais así con tantos favores? ¡Oh Dios mío! ¡qué será veros algún día, veros sin nube y sin sombra, cuando la vista de vuestras menores obras nos causa inefables arrobamientos! Entono en seguida el himno de acción de gracias, y pareceme que todas las criaturas me responden, que las oigo á todas mezclando sus voces con la mía y arrebatadas de júbilo formar un concierto unánime en gloria del Criador.

El impío es el único extraño á esta armonía universal, todo está mudo y muerto para él; ha quitado del mundo, puede decirse, el alma que lo vivifica. ¿Qué pueden hablar á su corazón los hermosísimos espectáculos que la naturaleza le presenta, ni los preciosísimos dones que esta le prodiga, cuando no reconoce en ningún sitio, ni inteligencia, ni designio, ni amor, cuando en todas partes vé materias insensibles, combinaciones casuales y ciega fatalidad? Siendo estúpido espectador de efectos sin causa, de movimientos regulares sin motor, de un magnífico conjunto sin orden y sin objeto, se cansa muy luego de contemplar las vanas decoraciones de esta escena inanimada y de todos estos juegos del acaso, que le admiran sin interesarlo ni conmoverlo, como hijo ingrato; como hijo desnaturalizado que desconoce á su bienhechor y á su padre, no experimenta ninguna de esas dulces sensaciones que

elevan con ternura nuestras almas, llenan de atractivo nuestras miserias y son las únicas que forman la recompensa de nuestros goces. El impío se seca y languidece sin Dios, como veríamos secarse y marchitarse una flor que el sol no volviera á visitar con sus rayos, y sobre la que no cayesen mas los rocíos del cielo. Así es como para el incrédulo la naturaleza está sin alma y sin vida; debo añadir que para él la sociedad de los hombres se halla sin dulzura y sin encantos.»

El orador desempeña con vigor esta segunda subdivision y despues dice:

«¿Cuáles son los placeres que quedan al impío mas favorecido con los dones de la naturaleza y de la fortuna? No veotros sino los talentos del espíritu, la riqueza, los honores, el poder, la gloria y los bienes. Aunque posea todo esto sin faltarle nada de lo que puede satisfacer la sensualidad, el orgullo ó la ambicion, ¿será por esto feliz? Nó, hermanos míos, porque todos estos bienes precederos y todos los placeres del mundo reunidos, no pueden compararse con las necesidades del alma. Nada hay en el universo tan grande como el corazon del hombre: formándolo Dios á su imágen y para sí mismo, le ha impreso como primer rasgo de semejanza el sello divino de la inmortalidad, le ha dado ávidos é insaciabiles deseos, una esperanza inmortal y un amor hácia los bienes perfectos é infinitos, diciéndole: Todo cuanto te rodea existe para tí, mas tú existes para mí; y por esta razon he puesto en tí una capacidad sin límites, así como he hecho el vasto abismo del Océano para recibir la muchedumbre de aguas, la inmensidad de los cielos para contener los innumerables cuerpos luminosos que ruedan sobre tu cabeza; de la misma manera te he hecho mas perfecto que todo esto para ver y poseer á tu Dios. Siempre estarás vacío, hasta que yo venga á llenarte; siempre hambriento, hasta que te alimente y te harte de mí mismo; siem-

pre devorado de ardiente sed, hasta que yo baje á tí como un río de delicias para aplacar tu sed, y, por decirlo así, para embriagarte con mi propia felicidad. Tal es, hermanos míos, la calidad y naturaleza de nuestra alma. Nada inferior á Dios la contenta: estraña y cautiva en este mundo busca en todas partes el soberano bien que le falta y pregunta por él á todas las criaturas; mas no hallándolo sale de este mundo visible por medio del pensamiento, se eleva sobre todos los cielos y se estiende mas allá de todos los siglos para unirse, al menos en esperanza, con el objeto eterno, perfecto é infinito, cuya necesidad siente y fuera del cual no podria haber para ella ni dicha, ni felicidad, ni reposo. ¡Y vosotros, incrédulos, nos arrancais esta esperanza, este objeto, el único capaz de satisfacernos y para el cual hemos sido criados!»

Este discurso acerca de la *Desgracia*, el de la *Locura* y el del *Crímen de la incredulidad*, son trabajos de gran mérito. El sermón sobre el *Corazon de María*, y algunos otros de Maccarthy, son igualmente notables por la fuerza de las razones, la viveza de los sentimientos y la hermosura del estilo. La accion del orador añadía mucho á su mérito, é inspiraba tanta admiracion en la córte, que muchos predicadores que aspiraban á imitarla, copiaban todos sus movimientos y hasta una particular actitud, que una flaqueza ó defecto corporal le hacia tomar en el púlpito: esto es lo que se llamaba *predicar á lo Maccarthy*.

Las disposiciones que animaban al P. Maccarthy en el ministerio de la palabra, pueden presentarse por modelo á todos los predicadores. Su idea habitual y como dominante era la de salvar las almas y ser útil á la Iglesia. Puede decirse que solo vivía para la religion y para hacerla reinar en las inteli-

gencias y en los corazones. Miraba la composición de su discurso, no como una obra litararia, sino como un ejercicio religioso y una ocupación enteramente divina. Sus sermones eran fruto de sus vigilijs y oraciones, y á este hábito de unión con Dios debe atribuirse ese carácter de unción y de piedad que le distingue.

Guyon.

Brillantes cualidades distinguen al P. Guyon. Vario en su modo de decir, sublime y animado en las descripciones, preciso, nervioso y exacto, claro, metódico y oportuno, consiguió hacerse oír con extraordinario aplauso.

Veamos de qué manera tan nueva terminó su discurso contra los *Respetos humanos*:

«En una importante ciudad del Mediodía vivían dos esposos muy parecidos. Nacimiento, fortuna, educación, y aun más que esto semejanza en la virtud. El esposo se veía lisonjeado con la estimación de sus compatriotas, y había dado tantas pruebas inequívocas de su lealtad, de su desinterés y de su celo por el bien público, que le confiaron las más honoríficas é importantes funciones. La esposa, animada de una dulce é ilustrada piedad, llena de gracias y de pudor, servía de modelo á las jóvenes esposas y formaba en el seno de su casa la gloria y la dicha de su esposo. Dios bendijo su dulce unión con el nacimiento de un hijo, y este beneficio de la Providencia, concedido á su acendrado cariño, aumentó los encantos y la dicha de su alianza. La esposa particularmente conoció toda la extensión de los deberes que la imponía el título de madre.

No permitió que su hijo conociese otra madre, quiso gozar por sí el placer de alimentarle, el de contemplar su primera sonrisa y ver brotar sus ideas y sentimientos al calor de su regazo y sus caricias. ¡Ah! cuán fervorosas súplicas dirigía al Señor por la dicha de aquel niño que el cielo le había dado y que ella criaba para el cielo! Cuando el hijo pudo tartamudear algunas palabras, ¡con cuánto afán le enseñó á repetir el nombre de Dios que le había criado y salvado! Su celo se acrecentó en proporción que el hijo crecía en edad, y cuando la razón de este, hallándose en la aurora, comenzó á arrojar algunos resplandores, jamás se apartaba de su lado temerosa que una mano enemiga viniese á sembrar la cizaña del vicio en aquella tierra nueva, que le prometía amplia cosecha de virtudes.

Dios bendijo los esfuerzos de esta virtuosa esposa, y la piedad del hijo igualó muy pronto á la de la madre. Llegó el día en que por primera vez debía aquel niño alimentarse con el cuerpo del Salvador. Viósele llegar á la sagrada mesa con todo el recogimiento de los ángeles. La dulce alegría del cielo brillaba en su frente, y lágrimas de felicidad corrían de sus espresivos y castos ojos.

Desde aquel día su fervor hizo más rápidos progresos; parecía que adivinaba la perfección de la virtud entregándose á ella con todo el impulso de un alma amorosa. Amor al trabajo, perfecta obediencia, recogimiento habitual, lecturas edificantes, frecuencia en los sacramentos, tales fueron sus ocupaciones, sus gustos y sus delicias durante tres años, sin que jamás se desmintiera un solo instante. La virtuosa madre no dejaba de entregarse al júbilo que causa á los santos el espectáculo de la virtud. Pero ¡cuál sería su tristeza, cuando de repente observó que la piedad de su hijo disminuía!... Nada se ocultó á la penetrante vista de la piadosa madre; pero inútilmente trató de reanimar el fuego de la fé en el alma del hijo y de resucitar en su corazón los sentimientos de que antes estuvo penetrado. Sus tiernas y cariñosas exhortaciones fueron oídas con atención y con docilidad, mas no produjeron el mas

pequeño resultado. Alarmada cada vez mas la madre, espía todos los pasos del hijo, á fin de poder conocer la causa de sus extravíos, y todo es inútil; su corazon maternal no puede sufrir por mas tiempo el peso que le oprime, y traspasada de dolor, penetra un dia en el cuarto del hijo y dando libre rienda á sus lágrimas, le ruega le explique la causa de su estraña conducta.—Pero, madre, contesta el hijo admirado, esa alarma es infundada; soy siempre el mismo, siempre la quiero con igual cariño.—Hijo mio, contesta la madre sollozando, tú aparentas no comprenderme; nó, no me quejo de tu cariño. Mas ¿no puede Dios quejarse de tí? ¡Ah! dime, ¿por qué has cambiado con él?—Pero, madre....—Hijo mio, tú no puedes engañarme sobre este particular ni engañarte á tí mismo; te ruego á nombre de todo mi cariño y del que tú me profesas, que me digas el secreto de tu corazon. El hijo baja la cabeza y guarda silencio; la madre aumenta sus sollozos y súplicas, y al fin el hijo se enternece y dice:—Ya que es preciso no la ocultaré nada. Instruido por sus gratas lecciones y principalmente por sus ejemplos, quise en un principio la religion, practiqué sus deberes con placer y hallaba en esto mi dicha. Fui entonces feliz, ¡ahl sí, muy feliz, en la época de mi primera comunión y en las que inmediatamente la sucedieron, mas despues he reflexionado. Yo la amo mucho y la quiero con todo mi corazon, pero deseo imitar á mi padre; todos le honran, le estiman y le buscan; quisiera parecerme á él, y sé que mi padre no practica la religion del mismo modo que me habíais enseñado á practicarla...

Despues de las anteriores palabras, la madre, anegada en llanto, sale, y casi sin poder andar, se dirige á la habitacion de su esposo, á quien asusta con sus dolorosos gemidos. Procura tranquilizarla y saber la causa de sus lágrimas. Unicamente puede decirle: ¡Ah, caballero! su hijo.... y queda desmayada en sus brazos. Acuden al momento con socorros, recobra el sentido, y refiere, llorando, la escena que acaba de destrozár su corazon. Al oír esta narracion inesperada, el padre se

queda inmóvil de asombro; pero muy pronto las lágrimas corren en abundancia por sus mejillas.—¡Oh! esposa mia, esclama, ¿dónde está mi hijo?—Lo he dejado en su cuarto.—Ven, sígueme. Van ambos al aposento del hijo, y el padre se detiene en el umbral.—Hijo mio, dice sollozando, ¡cuán duro es para un padre escusarse delante de su hijo! Sí, soy culpable, tu madre me lo ha referido todo. Pero no acuses mi fé, que ha quedado entera y pura en mi corazon; sino que un fatal respeto humano me ha impedido armonizar mi conducta con mi creencia. ¡Oh, nó! no habia yo pensado que mi ejemplo debiera serte tan funesto. Pero, hijo mio, la leccion es demasiado dura. Tú me vuelves á la religion y á la virtud; tú vienes á ilustrarme y á restituirme mi valor; ven, yo te devolveré tambien á la piedad. Abrázame y perdona. ¿Quién es tu confesor? Quiero que tambien sea el mio; vamos juntos á verlo y á hacerle, tú la manifestacion de tu flaqueza, y yo la de mi crimen. Al instante padre é hijo acudieron al tribunal de la penitencia, y la piedad de la familia no se desmintió en lo sucesivo.

Padres y madres, comprended por lo dicho cuál es el crimen y cuáles son las consecuencias del respeto humano. ¡Ay! ¡ójala podais reparar vuestras faltas como aquel buen padre! Y vosotros, jóvenes esposos, que teneis hijos en la cuna, no olvideis esa patética leccion. Si quereis prodigar vuestras caricias á esos dulces frutos de vuestro amor, no olvideis lo que exigen de vosotros. Acordaos de que al levantar hácia vosotros sus inocentes manos, os dicen:—Oh padre mio, oh madre mia, tened presente que debeis conducirme al cielo; no dejad de indicarme con vuestros ejemplos el camino; os debo el beneficio de la vida; ¿sereis bastante crueles para prepararme una muerte eterna? Y nosotros, quienes quiera que seamos, hermanos míos, acordémonos que el respeto humano es indigno de un hombre amigo del honor y de la virtud, y que ultraja indignamente al Dios que nos ha hecho para su gloria y rescatado con el precio de su sangre.

Tengamos sentimientos dignos de la nobleza de nuestro origen, de la sublimidad de nuestros destinos y de la grandeza del Rey inmortal que nos ha conferido sus intereses. Sirvamos á Dios con valor y con intrepidez, y la corona de los justos será algun dia colocada sobre nuestras frentes, y seremos puestos en posesion de una gloria y de una felicidad eternas.»

CAPÍTULO II:

Lacordaire.—Ravignan.—Paralelo entre estos oradores.

Lacordaire.

Afirma Mr. Lorain que Lacordaire desde su mas tierna infancia dió muestras inequívocas de llegar á ser un gran orador cristiano. A la edad de ocho años leia públicamente los sermones de Bourladoue, y todos se detenian con gusto para escucharle.

Juan Bautista Enrique Lacordaire nació en Mayo de 1802, en Recey-sur Ource, en la Bourgogne: en 1812 entró en el liceo de Lyon, de este pasó á la escuela de derecho de la misma ciudad, distinguiéndose por su aplicacion y despejado talento.

Habiéndose fundado en Dijou una academia con el título de *Sociedad estudiosa*, Lacordaire se señaló en primera línea en los ejercicios que en la misma tuvieron lugar: allí ensayó con gran fruto sus naturales disposiciones, allí se hizo aplaudir ya con entusiasmo. Recuerdo, dice Lorain, recuerdo to-